



Carta del Consejo General Ordinario a la congregación

«Pobres y solidarios»

A los Provinciales, a los Ecónomos de las provincias y de las comunidades,
a cada uno de los religiosos.

Queridos Hermanos,

Hasta hoy el Consejo General Ordinario no ha tenido oportunidad de dirigirse directamente a la congregación. En un momento en que la pandemia del coronavirus afecta a muchas comunidades, y que los países donde vivimos están sujetos a medidas sanitarias restrictivas, deseamos expresar una vez más, como hiciera el Padre General en su última carta, nuestro apoyo fraterno a cada uno de vosotros. La prueba está aquí, pero estamos seguros de que podremos superarla y de que, a pesar de todo, seguiremos proclamando el Reino que viene. Esta carta versa más específicamente sobre las consecuencias económicas de la crisis mundial que estamos sufriendo. La economía se está viendo sacudida por las repercusiones de la pandemia y es muy probable que las soluciones no sean inmediatas y que el fin de la crisis no sea previsible en un futuro próximo. Por lo tanto, es necesario que nos adaptemos tomando conciencia de que nuestra responsabilidad es preservar lo esencial. Estos elementos esenciales son, en pocas palabras: la vida comunitaria, la misión apostólica y la solidaridad con los más pobres.

I. Una situación inédita

Con el desarrollo de la pandemia COVID-19, que en muchos países ha llevado al confinamiento de la población y al cese de sectores enteros de la actividad económica, estamos viviendo acontecimientos fuera de lo común.

Aunque la situación no es exactamente la misma en todos los países donde la Asunción está presente, esta crisis afecta gravemente a las familias y a los miembros más pobres de nuestras sociedades. Muchas personas han perdido o perderán su empleo; las cifras de desempleo ya están aumentando. Es de temer que, a pesar de todas las medidas que los gobiernos tratan de tomar, muchas empresas vayan a la quiebra.

En la Casa General ya estamos recibiendo emails que indican que algunas de nuestras comunidades pasan por dificultades debido al agotamiento de sus fuentes habituales de ingresos: colectas, ofrendas en celebraciones, etc.

Es cierto que la magnitud de las dificultades futuras dependerá de cuánto duren los períodos de confinamiento. Nosotros tampoco estamos en condiciones de predecir cuándo se levantará la

obligación de permanecer en casa. Pero ya se puede decir sin temor a equivocarse que la reanudación de la actividad económica no será instantánea, será gradual y será sin duda difícil.

II. Una actitud que hemos de adoptar

Ante esta situación, nos gustaría dar algunas orientaciones:

1. Seguir siendo solidarios con los pobres

Como religiosos, más allá de nuestras propias dificultades, debemos permanecer atentos a las dificultades de quienes son más frágiles en nuestro entorno. Grandes sectores de la población están viendo disminuir su poder adquisitivo de manera significativa. ¿Qué gestos de solidaridad inventaremos para manifestar nuestra cercanía a ellos?

Como dice nuestra Regla de Vida (nº 32): “Cada comunidad da testimonio (...) del valor relativo de los bienes terrenales y tiende a establecer entre los hombres el Reino de justicia y de paz”.

2. No caer en el pánico

“Nuestro auxilio es el nombre del Señor”.

Entrando en pánico no vamos a mejorar la situación. No prestemos oído a todos los rumores que pululan por las redes sociales.

¿Cómo podemos hacer de esta crisis una oportunidad para que nuestra oración sea más regular y más fervorosa, para mejorar la calidad de nuestra vida comunitaria, para fortalecer nuestra relación con Cristo?

3. Seamos responsables.

Como ha señalado el Papa Francisco, en muchos casos la vida religiosa favorece una especie de irresponsabilidad en el plano económico. En las circunstancias actuales, esto puede ser más peligroso que nunca: cada religioso ha de convencerse de que nosotros no nos libraremos más que los demás de las consecuencias de la crisis económica que se está produciendo en este momento. No, nuestra vida ¡no volverá pronto a la normalidad! No, dentro de unos meses no habremos vuelto a los tiempos anteriores.

Es demasiado pronto para medir la profundidad de la crisis actual. Sin embargo, algunos ya la comparan, por su impacto, con la Gran Depresión de 1929.

Simplificando: los ingresos de la congregación provienen, en una cuarta parte, de donaciones; otra cuarta parte, de nuestro trabajo (asalariado o pastoral); otro cuarto, del alquiler de nuestros inmuebles; y otro, de nuestras inversiones bursátiles. Pues bien, la crisis actual afecta a todas estas fuentes:

- Las donaciones, ya sea en forma de colectas, cepillos, intenciones de misas u otros donativos (Procure etc.) se han reducido considerablemente por el cese del culto y porque en este momento los donantes tienen otras preocupaciones. También es de temer que la crisis afecte negativamente a nuestra Oficina de Desarrollo y Solidaridad porque las organizaciones a las que ésta recurre pierdan capacidad de responder a nuestras solicitudes de financiación.
- Además, la suspensión de la actividad en nuestras parroquias ha secado todos los ingresos ocasionales que son una fuente de recursos importante para muchas comunidades. Nuestros centros educativos también están todos paralizados: ¿cuánto tiempo podrán seguir pagando los salarios de los religiosos que trabajan en ellos?
- Las dificultades de tesorería que experimenten nuestros inquilinos, empresas o particulares, pueden provocar una disminución de los alquileres que percibimos.
- A principios de abril, los mercados de valores habían perdido en torno al 30% respecto del comienzo del año. Aunque la bolsa ha recuperado desde entonces algo de esta pérdida, muchas de las inversiones de la congregación han sufrido un duro golpe. Esto tendrá inevitablemente consecuencias para nuestra capacidad de financiación en el futuro.

Por lo tanto, a nivel económico es absolutamente imposible comportarnos “como si no hubiera pasado nada”. La crisis provocada por la pandemia del coronavirus afectará al estilo de vida de cada religioso y al de la congregación.

Oímos a muchos líderes políticos de nuestros países dirigirse a sus gentes con llamadas a la solidaridad y a la unidad nacional. Eso vale también para la congregación: pedimos a cada comunidad que sea solidaria con las otras comunidades de su provincia, con el Economato Provincial.

Unida y solidaria, podrá la congregación superar la prueba y proseguir su misión al servicio del Reino.

Esta solidaridad debe comenzar ya al nivel más local: pedimos a cada religioso, a comunidad que reduzca sus gastos a lo esencial, a lo indispensable. Además, toda obra de reforma importante (no iniciada), toda compra de equipos no absolutamente indispensables debería ser aplazada.

III. Un mundo nuevo

Nuestra esperanza cristiana nos permite creer que nada está definitivamente perdido y que el futuro permanece abierto. En la medida en que nos comprometamos de manera concreta y aceptemos cambiar radicalmente nuestra forma de vida y nuestro comportamiento en el mundo, podremos seguir proclamando al Dios de Jesucristo que ama a todos los hombres y mujeres de este mundo. El momento presente puede ayudarnos a comprender mejor el voto de pobreza que pronunciamos al inicio de nuestra consagración religiosa.

Nuestra Regla de Vida también dice lo siguiente (no. 27):

“Conscientes de nuestra responsabilidad de cristianos, nos comprometemos a vivir la pobreza según el Evangelio. Cristo nos invita a confiar en el Padre que da la tierra a todos. Quiere que los hombres la compartan entre sí, pues todos son hermanos. Este hecho constituye para nosotros una llamada a compartir lo que somos y tenemos para el servicio de los demás. Esto nos exige un desprendimiento verdadero de cualquier forma de posesión para alcanzar una mayor libertad interior y ponernos del lado de los pobres y oprimidos”.

La Asunción no resolverá todos los problemas, pero la Asunción puede dar un mensaje de esperanza demostrando su capacidad de adaptación a los nuevos tiempos y reaccionando con esperanza.

En la fe cristiana, toda crisis puede ser vivida como un kairós, un tiempo oportuno para contribuir a la Buena Nueva. Invitamos a todos los religiosos y a todas las comunidades a escutar los signos de los tiempos y a dejarse guiar por el Espíritu Santo, que hace nuevas todas las cosas.

Roma, 24 de abril de 2020

Padre Marcelo MARCIEL

Padre Thierry KAHONGYA

Padre Miguel DIAZ AYLLON

Padre Didier REMIOT

Padre Benoît GRIÈRE